CAPITULO VI.

DE LOS CUATRO GÉNEROS DE ELOCUENCIA COMPARADOS EN LO TOCANTE AL PORTE, GESTOS, PERSONAL, COSTUMBRES, LENGUAGE Y EFECTO.

Cada género de elocuencia tiene su tiempo, lugar, fisonomía, giros y costumbres.

I. La elocuencia académica se modula y acicala ante los espejos de sus aposentos; y, como una coqueta, se mira y remira de piés á cabeza.

Entra en el palacio del Instituto inclinándose respetuosamente, lisongea la vanidad agena para que sea igualmente lisongeada la propia; penetra sin meter ruido y, por decirlo así, se desliza en los encerados tablones del vestuario; levanta y abre la nariz para respirar el perfume que ella misma exhala, presta afanosa el oido para escuchar los encomios; no gusta del ruido, ni del continuo andar, ni del mucho hablar, ni de demasiadas ideas; y se mece muellemente en un medio de estudiada cortesía, delicadezas impalpables y finas alusiones.

Todos los inmortales que se digna admitir á sus banquetes reciben lindas y primorosas esquelas de invitacion; y, como las señoras de tono y de mundo, toma á los convidados de la mano á medida que entran, les indica con dedo discreto el asiento que deben ocupar, y les recita en lenguage divino toda clase de halagos y cumplimientos. El buen tono, durante la comida, exige que no se aprieten demasiado las mandíbulas, que no choquen los vasos, que haya embriaguez de requiebros y lisonjas, mas no de Champaña, y que para distraerse del fastidio ocasionado por los cumplimientos y apoteosis, no se pisen entre sí los convidados por debajo la mesa. Al fin del banquete levántase la Academia, y brinda á los inmortales de un modo tan fino y delicado, que la voz se evapora antes de llegar al oido de los circunstantes. Luego tañe su lira de oro que deja oir algunos sonidos suaves, y porúltimo se corona de rosas pálidas, nacidas en los invernáculos del Instituto.

II. La elocuencia parlamentaria no lleva, como su hermana, guantes perfumados y coturnos de terciopelo, ni brillan dulces miradas en sus ojos, ni dejan asomar sus labios dulces sonrisas; y aun á menudo su modo de hablar es algo soez, su calzado grosero, desgreñado su cabello, y poco aseada su persona. Pero conviene advertir que se halla á cierta distancia de las tribunas públicas, y ademas los espectadores no son exigentes y poco les basta. Por otra parte, el termómetro y las estufas condensan el auditorio entero á una temperatura muy superior á cero, y lo ponen al abrigo del viento é inclemencias atmosféricas. En cuanto á las demas injurias, prohibida está su circulacion, por temor, á lo que creo, que no se agarren los oradores por los cabellos y anden á puñetazos, á la vista de todos; pues aparentemente no se quiere que hallen recreo las tribunas públicas. Así pues, está expresamente prohibido el nombrar las personas, cogerlas cuerpo á cuerpo, y asediarlas en sus bancos; pero no lo está el atacar sus intenciones, con tal que tenga la precaucion de protestar el orador que no es su ánimo atacar las intenciones. Tampoco está prohibido el interpelar con el gesto y mirada á los diputados, á quienes no se puede designar por sus nombres, con tal que añada el orador que alude á los de fuera, donde no hay nadie, y de ningun modo á los de dentro, donde están los adversarios. Tal es lo que en lenguage parlamentario se llama la delicadeza y decoro de las precauciones oratorias. ¡Qué bonito modo de ser cortés! ¡Qué franqueza y rectitud en semejantes costumbres!

III. La elocuencia en mangas de camisa del clubista, tiene igualmente su género de oradores, su gerga y temperatura. Si cuesta infinito hablar por turno, se puede tener el placer de hablar todos á la vez. El poner órden en las ideas no es lo que mas apura á un clubista que en general no agovia la carga de estas, y es raro que tenga mas de una, suponiendo que tenga una sola. Por lo que toca á las opiniones cada uno es dueño de tener la suya, con tal que sea la de los gefes agitadores. Y bien entendido que no se va al club para discutir, sino para vociferar, y soplar todos, uno despues de otro, con toda la fuerza de los pulmones, en la embocadura de la misma trompeta. El orador mas estupendo de un club es el que formula, en el sentido del mismo club, la proposicion mas enérgica, por no decir la mas extravagante. Si un miembro de la minoría tiene la temeridad de aventurar una enmienda, todo el mundo lo mira de mal ojo; si á pesar

de esto insiste, se le denuncia como un perturbador; si pide la palabra, los miembros se indignan de audacia tanta, una santa ira se apodera de los ánimos, todo el mundo grita traicion, y los catecúmenos expelen fuera de su pequeño templo al temerario, el cual debe hallarse dichoso de haber sido declarado fuera de la ley, y hallarse sano y salvo en la calle, de manos á boca con un alguacil municipal.

La elocuencia de los clubs es sumamente acalorada, destornillada, descabellada, chillona, jactanciosa, mohina, desordenada, intolerante, declamatoria y muy poco elocuente. Tal vez no obstante posee nobles calidades, pero las oculta; tal vez egregios modelos, mas no los conozco.

IV. ¡Viva la elocuencia al aire libre, la elocuencia de O'Connell y hablemos de ella!

Este género de elocuencia no conviene á todos los lugares y estaciones: á todos los lugares, porque en los Estados-Unidos, en Irlanda, en Bélgica, en Alemania, cien mil hombres reunidos podrán escuchar con calma al orador; mientras que al contrario, en España, Italia, Francia, al cabo de un cuarto de hora, se oiria el grito *¡á las armas!* juntamente con detonaciones de fusiles. A todas estaciones, pues cosa poca cómoda es oir á un orador en los climas setentrionales, do silva el recio vendabal, que la nieve azota, bajo un paragua ó quitasol; y la mayor parte de los concurrentes tienen la cara expuesta al viento, los piés en el lodo, y el sol de plomo en la cabeza, si bien hay que pasar por estas molestias.

Por otra parte no es tan melindrosa, á lo que parece, la diosa de la elocuencia. Unas veces, entre nuestros vecinos los Ingleses, sube sobre un tonel; otras, se manifiesta á la multitud por la claraboya de una taberna; y en ciertas ocasiones sube sobre las ruedas traseras de un carruage. Poco amiga de dengues y arrumacos, se embadurna con las heces del vino, escala los mercados con silbidos, algazaras, tronchos de coles y manzanas cocidas; á menudo retuerce las mangas de su camisa, y ebria de gritería, injurias y cerveza, no sale de la refriega sino con el delantal hecho pedazos, hundidas las costillas, contuso el rostro y magullado el cuerpo. Confesemos no obstante que no es este su mejor aspecto.

Pero si la elocuencia al aire libre, tiene sus saturnales, posee igualmente fiestas bellas y suntuosas. En ellas se adelanta con magestad, precedida de estandartes en que brilla su nombre escrito en letras de oro y azul. A veces se la divisa en un carro tirado por cuatro fogosos bridones, hendiendo las olas de un pueblo admirador que siembra las flores y el incienso bajo sus pasos, y hace resonar el aire de clamores de entusiasmo.

Para descollar en este género de elocuencia, no hay que tener una voz flautada y melosa, ni un pecho angosto, ni estatura de enano, ni gesto filosófico, ni ojos bajos, ni aspecto lerdo y desmeñado, ni facha de alfeñique; no, al contrario, pues el pueblo no se figura al genio sino bajo el emblema de la fuerza, quiere respetar lo que ama, solo cede al que lo empuja, solo se inclina bajo el que lo doblega, no comprende sino lo que oye distintamente, fija únicamente sus ojos en lo que bien distingue, entrega su corazon al que lo conmueve, se inspira de lo que inspira, produce bien solo lo que bien se le comunica, y el colmo del arte del orador es persuadir al pueblo que es el eco de sus opiniones, preocupaciones, pasiones é intereses.

Así pues es indispensable que el orador popular posea una estatura elevada, una voz de trueno, un porte varonil, ojos que despidan llamas; que se mezcle íntimamente con su auditorio, que parezca no poder separarse de él; que descuelle su cabeza sobre las demas, y domine su vista las olas de la multitud; que las embravezca con un gesto y aplaque con la mirada; que dueño sea, y dueño absoluto, de todas esas almas cuyo servidor parece ser; que interpele su auditorio, lo apremie, lo enlace en las cadenas de su elocuencia, sin darle tiempo de reflexionar, reposarse ó distraerse; que conmueva en el fondo del corazon los grandes sentimientos de libertad, igualdad, humanidad, piedad, virtud, que dormitan en el corazon de todos los hombres; que evoque ante esas bocas entreabiertas, ante esos ojos ardientes y fijos, ante esas cabezas llenas de admiracion y entusiasmo, las grandes imágenes de gloria, religion y patria; que arrebate y conduzca esa multitud á orillas de risueñas praderas, la hechize con los sonidos suaves de la flauta campestre; que sea, cuando el caso lo pida, fisgon y algo chocarrero; que apostrofe con viveza y aguarde la respuesta; en una palabra, que sea sucesivamente poético y brillante, jovial y sarcástico, y haga resonar el susurro inmenso de la ciudad ó el estampido bramador de la tormenta.

Un hombre hemos conocido con esta magia, con este poder irresistible, y este hombre era O'Connell.